

EL AMARGO FLIPE DE UN ROTULADOR¹, DE ANTONIO
CARMONA

© Alberto Ornar Walls

La vida moderna está plagada de lugares específicos que, en realidad, son sinónimos de espacios vacíos. Creemos habitar las casas, aeropuertos, autopistas, hospitales, clubes, hoteles, cines, hipermercados, aviones, taxis, teléfonos, ordenadores, y muchos lugares más que acaso tiendan a querer ocupar nuestras vidas desde el anonimato, transformando nuestros actos en hechos globalizadores sin alma individual. Desde la perspectiva del escritor, cuando escribimos, cuando el escritor confiere vida a sus personajes o sus poemas, en realidad está poniéndole nombres y apellidos a unos lugares físicos o mentales que le habitaban en la memoria. El espacio de la memoria del escritor cobra vida cuando es actualizado a través de la escritura. Cuando su voz mental se transforma en palabra escrita la vida comienza nuevamente a bullir. La escritura obliga a crearse una figuración que exprese lo que "en otro tiempo y lugar fue". La escritura misma es una metáfora del pasado y la condición del hombre es el estar confeccionando textos escritos o imaginados que lo justifiquen en lugares y espacios que a veces no habitó o

¹ CARMONA Antonio, *El amargo flipe de un rotulador*, Tenerife, 1998.

no supo habitar. El nacimiento de la palabra surge para justificar los actos del hombre... y, quizá, también, sus olvidos.

Habitamos un espacio que desconocemos. Sabemos cuatro cosas sobre nosotros mismos y sobre algunos lugares de la Tierra y nos atrevemos a definirlos en la modernidad "como la capacidad de lucha del hombre para imponerse sobre el medio", cuando, en realidad, el hombre no ha acabado aún por conocer qué cosa habita, dónde está, por qué está ahí y, ni siquiera, por qué llegó adonde está y cree hallarse. Una vida de un adulto, tal y como la conocemos ahora, apenas da tiempo para descubrir la importancia del cuerpo que habitamos desde la perspectiva de espacio, ¡cuánto más difícil conocer aquel otro lugar más connotado y significativo que da forma a un espacio que te engloba, conjuntamente con otros lugares, con valor histórico, vivencial o determinante!

El relato corto moderno tiene una extraña dimensión interior que se agranda en la conciencia del lector en el momento de ser leído y que contrasta tanto con sus condicionados tamaños externos. Quizá una de sus posibles definiciones sea que es ese producto literario con mucha fuerza interior que se expande en el momento de producirse la lectura rompiendo en múltiples ecos indecibles en la conciencia del lector. Pequeño en el formato, grande en la garantía de su exploración interna a través de la escritura.

Cuando hablo de escritura, digo creatividad: sean poesía, narrativa, relato fantástico, novela, teatro, cine, etc.,

cualquier tipo de escritura. Porque escribir será siempre contar, decir o hablar esté el interlocutor presente o no, sea elíptico, hipotético o virtual, ¡qué más da, siempre escribimos de algo, alguien o contra alguien, porque la mente no puede parar jamás! Una veces narramos directamente desde el alma a través de su mundo interior, otras discurremos con la mente puesta en libertad a través de múltiples voces, otras lo hacemos con la imaginación poniendo en imágenes las historias recompuestas en la memoria. La materia creativa es solo una, la del ser humano tomado en su mayor complejidad integral o unicidad más abierta, el ser humano despierto o adormecido pero siempre queriendo reconocer su medida interna a través del arte.

Si leo un relato emocionante creo que la posibilidad de alcanzar cotas máximas de comprensión y disfrute dependerá, entre otras cuestiones, del tipo de mirada que, como lector, se utilice. Para leer un relato moderno es preferible adoptar una mirada sincrética, donde lo objetivo y subjetivo se juntan. Cierta característica del arte es la de provocar en el espectador una sinestesia continua. Es lícito que al leer *La isla al mediodía* de Julio Cortázar se sienta al tiempo que un placer literario algo muy cercano a un cúmulo de reminiscencias de infancia vividas cualquier verano en una playa. Un buen relato no se acaba de leer nunca, aunque sea cerrado en su técnica (como es el caso de muchos de los de Cortázar), pues mostrará en el transcurso de generaciones nuevas caras y tonalidades que lo irán conformando como un poliedro cristalino sobre el que, al incidir las sucesivas lecturas,

se abrirá en múltiples ecos, visiones, significados. Toda escritura (lo ritual) transforma la ficción (mundo aparentemente cerrado en los contornos de la letra impresa) en sagrada. La maestría del cuento o relato corto (frente a los hechos actuales de novela y relato largo) halla raíces en las fuentes folklóricas donde el tráfico de comunicación más directo se testimonia en la relación habla-escucha. De ahí quizá la rígida norma de las viejas salvaguardas de los narradores de lo maravilloso y folklórico cuando colocaban en los frontispicios de sus cuentos el “érase una vez”, “en un país muy lejano”, “érase una vez, en los tiempos antiguos”, “me contaron que...”, para distanciar sus responsabilidades con lo contado y exorcizar el temor de que quien nombra convoca y atrae lo nombrado, con lo que puede caer sobre él el destino de la historia narrada.

Uno de los caracteres formales del cuento actual es que el cuento nace y se escribe en cuanto puede ser contado simulando una relación de comunicación hablada. El tiempo de lectura deberá ir parejo al tiempo de la escucha. Su brevedad y, por tanto, intensidad, en oposición a la novela, son tan evidentes porque a nadie se le ocurre leer a otra persona, en pocos minutos, un tomo de doscientas páginas. ‘Los tiempos de lectura viva’ han mutado con las épocas; por ejemplo, el mismo Poe, entiende por tiempo de lectura de un relato corto, aquella que no exceda de media hora. Hoy día, *Las babas del diablo* de Cortázar, *Bola de sebo* de Guy de Maupassant o *El hacedor de lluvias* de H. Hesse, como muchos otros casos, pasan por ser relatos más largos de lo normal aunque no alcancen a

obtener, a pesar de ese cariz, la significación de novela. El signo 'dimensión' permite al relato dar bienvenida a otro de sus aspectos esenciales: la condensación o síntesis y economía de medios. El carácter funcional del tiempo de lectura-escucha nos sitúa en un conjunto de elementos diferenciadores de la narración larga, que ésta sí puede permitirse: mayor tratamiento y hondura en los personajes, descripciones más prolijas o mayor meticulosidad a la hora de tratar unos comportamientos psicológicos, confluencia de varias técnicas referentes a distintos géneros en el mismo corpus de la novela, el insertar historias diferentes dentro de la misma historia general, tipo cajas chinas, etc...

Estamos aquí para darle la bienvenida a un libro que acaba de nacer: *El amargo flipe de un rotulador* de Antonio Carmona. Un libro es un milagro social. Si un libro es un milagro, a estas alturas de la historia, lo será no porque su difusión y alcance estén sobradamente democratizados (si los regímenes políticos del lugar lo permiten, claro está), sino porque su estratificada elaboración conlleva toda suerte de pasos intermedios que si fallara alguno de ellos, podría llegar a abortarse antes de ver la luz. ¡Vivir en estos momentos, hecho libro, es un auténtico milagro! Un libro puede recibir rápida y certera definición y calificativo, justos o no, que el público lector le quiera conferir. Un libro pudiera ser transformado en polvo y olvido en cualquier anaquel de biblioteca polvorienta de algún indeseable pueblo escondido del mapa mundi, pero aunque así fuera, seguirá siendo aún aquel ser irrepetible que una vez fue fabricado, dignidad y milagrería, con las bellas

formas de un libro. Todo libro tiene su corazoncito en medio de la cuarta y quinta páginas sin mostrarse al lector demasiado y puede que hasta se mantenga siempre oculto. Aunque es también verdad que hay libros nacidos para el dolor y la violencia, el enfrentamiento y la confrontación, pues a nadie se le oculta ya que hay libros de todas las clases: libros pacifistas, tiernos, beligerantes, irónicos, bellos, incendiarios, bombas de relojería, pudorosos, doloridos... No obstante, recuerden esto que les digo: siempre habrá un corazón, de variado peso, que desde el comienzo de un libro les acompañará en la lectura. Desde Cervantes a Corin Tellado podemos seguir formulándonos las eternas preguntas: ¿qué es lo bueno y lo malo?, ¿cuál podrá ser el baremo único que nos ayude a catalogar un libro como obra de arte? Es muy difícil calibrar la bondad o maldad de un libro, pues con él pasará como con las personas, que todo depende del observador. Un libro recibe, quizá, la bendición de un público y la amonestación de otro. Aceptemos que un libro tiene su corazón y, hasta si se quiere, que podemos imaginar que sea humano (macho o hembra, pues como hay lectores de una visión u otra puede que también haya libros del mismo juego): para su definición se utilizarían expresiones de la estereotipia que apuntarán a mensajes con un contenido aplicable a una generalidad indiferenciada. Este libro de Carmona me ha inspirado reflexiones, ideas o pensamientos que voy a intentar trasladarles.

Como dije, cuando un libro nace se produce un milagro de cultura, por tanto un milagro de vida. Y si un milagro se

puede definir como la aproximación al estallido de la divinidad en presencia de lo humano, un libro acerca al lector a lo insólito a través de su lectura. Estamos ante un libro que nace, *El amargo flipe de un rotulador* del que es autor Antonio Carmona Pérez, no obstante ser también, este libro, un milagro de vida es un producto que podríamos catalogar de hunda y tremendamente humano. Yo no soy muy dado a cuadrricular los géneros en espacios específicos o en celdillas inamovibles. Por eso me da lo mismo que a este libro lo llamemos colección de relatos o cuentos, donde sí se constata que una conjunción de pensamientos se asoman al lector como pergeño visceral de una poemagógica manera de arañar la vida; o que lo llamemos poemas en prosa, porque ahí es donde las esferas del conocimiento se enredan formando espirales para ir a la búsqueda de la verdad absoluta...

Sí debo decir ya que para mí fue lectura de un hermoso libro y que me sorprendió en muchos aspectos. Se sabe que no es suficiente la hermosura si no va unida a la capacidad de sorprender. Y me sorprendió descubrir en la lectura que Antonio Carmona desenvainaba la ironía para aliarla con la ternura, también que vierte el desgarró interior relacionándose

con lo inevitable (con el destino), igualmente la sabiduría que se rezuma desde el dolor, y la búsqueda de la iluminación (o Dios) a través de la caída sin fondo en las negras honduras de la mentira...

Vivir en la incertidumbre es uno de los mayores riesgos del vivir y uno de los métodos de vida más recomendables. Por el contrario, la certidumbre es el juego de las certezas, comprar todas las papeletas en una tómbola, no atreverse a abrir la puerta a lo desconocido. Si se huye permanentemente de observarse a uno mismo desde el interior, si se evita la incertidumbre por miedo a la locura, entonces sí que has podido empezar a perder la razón, y ya no creerás nunca más en los imposibles.

Morir a diario sin poder hacerlo plenamente es tan hondamente desgarrador como descubrir al final de la elipsis de la memoria la poderosa. imposibilidad de clasificar porque somos irrepetibles.

Gritar sin vacío ni eco, romper a pedazos el libro de los dioses para rehacerlo de manos de un bolígrafo barato, reptar en el subsuelo de las catacumbas, enlodarte hasta decir ¡ya

basta!, creyendo que muy poco va a surgir ya desde la oscuridad, de la nada..., y oyes que una mano te agarara por el brazo y comienza a convencerte que está luchando por lo suyo. Que tú eres su arma de vida, su razón de existencia, que gracias a tu dolor, en un inusitado juego de contrarios, ella o él, descubrió su destino al mismo tiempo que tú el tuyo.

También hay un rotulador que se vale de un bastón blanco para flipar humorísticamente, no, sarcásticamente, bueno..., amargamente. Un rotulador lejano y respondón como el milagroso bastón bíblico de Aarón. Un bastón mesiánico y ruidoso como el ladrido de un perro a las puertas de la gloria, ahí al ladito mismo del Sol...

Está claro que en El amargo flipe de un rotulador Antonio Carmona ha abierto su pecho, y en él su honda herida para que todos nosotros podamos comprobar su profundidad, pero lo hace con una tan grande capacidad de autoobservación, crítica y exorcismo, al mismo tiempo con una tan vital ironía que... difícilmente puedes dolerte, porque te descubres en el placer de querer seguir leyendo, de esperar más y más de los personajes (que son personas verdaderas), de querer continuar

en el proceso abierto de comunicación con sus fantasmas que unas veces salen a la luz abiertamente y otras se enredan entre sus juegos poemáticos con valentía y destreza.

Lo dicho, este libro es un milagro y a mí me ha gustado..., bienvenido sea a la vida cultural...